

# Oaxaca, la ciudad renovada. Historia de los procesos de transformación y crecimiento urbano 1876-1950\*

GERARDO MARTÍNEZ DELGADO\*\*

ISSN (digital): en trámite

DOI: <https://doi.org/10.25009/urhsc.v1i45.2882>

“En esta historia la ciudad ya no es el escenario donde se lleva a cabo el teatro de la vida urbana, sino la protagonista de la obra”, dice Danivia Calderón Martínez en el preámbulo de su libro *Oaxaca, la ciudad renovada. Historia de los procesos de transformación y crecimiento urbano 1876-1950*. Este posicionamiento inicial y el desarrollo del trabajo a lo largo de más de 500 páginas inscriben de lleno sus afanes en las discusiones conceptuales y prácticas de la historiografía urbana, y ponen a la obra en franco diálogo con las preocupaciones mucho más amplias que sobre las ciudades se desarrollan desde la investigación histó-

rica, las ciencias sociales, los estudios urbanos, y también con la experiencia misma de quienes las habitamos.

A una dilatada experiencia práctica en arquitectura, urbanismo y gestión del patrimonio, la autora suma este libro que la convierte con toda autoridad en historiadora. Se trata de una obra pertinente, ambiciosa, ampliamente documentada, construida con un paciente y fructífero trabajo en los archivos, bien escrita, reflejo de una madurez teórica e historiográfica.

*Oaxaca, la ciudad renovada*, se hace eco de un ambiente intelectual que desde hace al menos seis décadas busca “comprender la naturaleza histórica de la ciudad”, como quería Lewis Mumford. Se inscribe, como se hace explícito, en las preguntas y los problemas de los historiadores que entienden la ciudad como una realidad compleja, una suma de variables, con múltiples acepciones, pero ante todo como una entidad históricamente construida.

Detrás de esta investigación, defendida en una versión previa como tesis

\* Danivia Calderón Martínez, *Oaxaca, la ciudad renovada. Historia de los procesos de transformación y crecimiento urbano 1876-1950*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/ Municipio de Oaxaca de Juárez, México, 2022, 561 pp. ISBN: 978-607-8793-74-7 (Instituto Mora)/ ISBN: 978-607-5947-0-4 (Municipio de Oaxaca).

\*\* Departamento de Historia, Universidad de Guanajuato, Guanajuato, Guanajuato, México, e-mail: [gerardo.mexcol@gmail.com](mailto:gerardo.mexcol@gmail.com), ORCID: 0000-0002-2916-4813.



doctoral, hay líneas bien definidas de trabajo: cuándo cambió la ciudad, cómo cambió su apariencia física, cómo y por qué creció, sobre qué espacio, quiénes se involucraron en su transformación, cuáles fueron sus fuentes de financiamiento. Calderón Martínez toma distancia de la historia de la arquitectura y del urbanismo, o más bien, aprovecha éstas, sus bases profesionales, para participar con mayores armas en un diálogo interdisciplinario. El punto de partida es la estructura y la imagen física, pero en sus palabras, “traspasadas por cuestiones políticas, económicas, sociales, culturales, tecnológicas e ideológicas” (p. 41).

El suyo es, como queda casi siempre claro en los afanes de los historiadores, un interés por entender su presente, en este caso por descifrar la ciudad que conoce y le ha tocado vivir, explicarla en lo concreto y en abstracto, detrás de sus encantos y sus problemas cotidianos. Muchos antes que ella han compartido inquietudes sobre Oaxaca y las han resuelto por caminos distintos. Unos buscando respuestas desde bases disciplinares como la arquitectura, la sociología o la antropología, recurriendo al laboratorio vivo que es la ciudad y sus habitantes. Desde la historia ha sido frecuente remontarse al pasado virreinal, atendiendo a la importancia de Oaxaca en el contexto novohispano, y otros

han hecho recortes en periodos más recientes y acotados.<sup>1</sup>

Frente a estas propuestas, Calderón Martínez se sitúa entre el último tramo del siglo XIX (1876) y la primera mitad del XX (1950), un arco temporal de casi ocho décadas. Llama la atención el corte, porque supera o va a contracorriente de algunos ejemplos historiográficos. No extraña el inicio, porque como tantos otros la autora encuentra que algo importante ocurrió para las ciudades mexicanas a partir de la década de 1870, un impulso de transformación de su imagen y una expansión física que contrasta con sus antecedentes. Pero la historiografía especializada ha encontrado muchas veces cómodo —con excepciones— concentrarse en el Porfiriato, sin ir más allá, conformándose con abarcar un periodo previamente definido por la figura dominante de un presidente, sin suficiente distancia crítica, incluso haciendo propio o reproduciendo el discurso de modernización.

Avanzar hasta 1950 permite transitar por periodos de cambio, algunos turbulentos, hasta situarse no en un cierre, sino en una suerte de bisagra, a partir de la cual la ciudad experimentó una expansión muy notable. Desde

<sup>1</sup> Dos investigaciones que tuvieron afanes cercanos a este libro, aunque ambas se detienen en los primeros años del siglo XX, son las de Lira (2008) y Sánchez (2013).

una perspectiva económica podrían haberse detenido los afanes en 1930, o desde una de urbanista quizá habrían continuado su camino hasta la década de 1960, buscando márgenes más amplios para estudiar la trayectoria de su disciplina. El medio siglo subraya un punto de vista relevante y particular, porque al estudiar la ciudad y su espacio circundante se localiza el momento en que el campo alcanzó a la urbe, una lectura que con frecuencia hemos perdido de vista al poner el acento en la historia inversa, la de la ciudad extendiéndose sobre el campo.

En su estructura el libro está dividido en tres partes. La primera se titula “La transformación de la vieja ciudad durante el Porfiriato”, la segunda “Ramificaciones en la ciudad. Las redes de servicios urbanos”, y la tercera “La ciudad crece y se expande hacia su periferia rural”. Esta composición tripartita (que reúne en su interior ocho capítulos) admite varias lecturas. Puede, por ejemplo, encontrarse cierto sentido cronológico, tres etapas de la historia que parten de los primeros años del gobierno del oaxaqueño Porfirio Díaz, siguen por la etapa de maduración y declive del régimen y conectan con momentos de expansión de la ciudad que se prolongan hasta la mitad del siglo xx. Según otra manera de entenderla, acaso más sugerente, en la segunda parte, la que tiene que ver con las redes de servicios urbanos, incluyendo las de ferrocarril, está una

de las claves que facilitaron y al mismo tiempo explican el crecimiento posterior de la ciudad: esas redes, “estaban apuntalando los derroteros que tomaría el crecimiento urbano”. (p. 20)

Un mérito principal de la obra es la manera en que hilvana temas que han sido tratados por separado en la historiografía, abonando a su comprensión desde un abordaje urbano. En la segunda parte, por ejemplo, al estudio detallado de los proyectos y avances en la introducción de servicios públicos como el agua entubada, el drenaje, el alumbrado público eléctrico o el teléfono, añade el de “la experiencia del ferrocarril”, que no se limita al ámbito urbano y los tranvías, sino que busca las “ramificaciones”, los enlaces con su entorno y los trazos que consolidaron a la ciudad como centro de control y de distribución de los productos explotados a su alrededor. Lo mismo ocurre en la tercera parte, en la que se describen “los derroteros de la expansión”, a partir de la promoción, en 1896, de la primera colonia urbana, pero siguiendo el proceso, extendiéndolo a un análisis audaz al campo, a las leyes agrarias desde 1915, para encontrar el espacio —con su carga social e histórica— sobre el que creció la ciudad y sobre el que a partir de la mitad del siglo la expansión urbana tomaría un nuevo impulso.

Interesa aquí seguir la pista a varios problemas historiográficos y la manera en que son resueltos. Uno de ellos es

la interpretación que se hace sobre la transferencia de tecnologías, en este caso para la infraestructura urbana y en particular para los servicios públicos. El paso de “unos sistemas convencionales a otros modernos”, anota Calderón Martínez, “no fue un asunto fácil, ni rápido ni, mucho menos, alcanzó a toda la ciudad y a sus habitantes en un primer momento. Todo lo contrario” (p. 20). El apunte es relevante porque no siempre lo entendió así la historiografía. Por otro lado, al buscar referencias sobre lo ocurrido en su ciudad de estudio, la autora se debate entre la idea de que a Oaxaca llegaban “los ecos de los grandes procesos urbanos que se replicaban en todo el país”, pero que ocurrían “a un ritmo más lento” (p. 31), y otra, que juzgo mucho mejor y bien lograda en la práctica, donde la apuesta está mediada por las propias dinámicas ocurridas en la ciudad y por un trabajo metódico para comprenderlas, descreyendo, poniendo a prueba los modelos y las teorías, rompiendo con la idea de las imitaciones automáticas a las grandes ciudades y en especial a la capital del país.

A la pregunta sobre quiénes participan de las transformaciones de la ciudad, Danuvia recurre al concepto de “agentes urbanos”; los proyectos urbanos que se estudian, subraya, “fueron impulsados por la élite y para la élite” (p. 19). Una y otra vez aparecen los nombres y los apellidos de los

empresarios, los que fraccionan, los que toman decisiones, los que buscan beneficio, emprenden, especulan, ganan o pierden. Vista en perspectiva, esta historia se repitió y se repite en muchas ciudades, con algunas diferencias; cambian los nombres, las fechas y ciertas coyunturas.

Entre todos los agentes, la autora pone su atención en los gobernadores, a quienes llama “artífices” y les dedica un capítulo entero. Poner el acento en los gobernadores respecto a su papel de agentes centrales tiene sus riesgos, porque puede conducirnos a una explicación personalista, cronológica, que pierda de vista la complejidad de los procesos. En esta investigación no se cae en la trampa, porque los personajes específicos se entrelazan con otros, develando sus conexiones. Además, el enfoque resulta provechoso al menos por dos razones. La primera, porque llama la atención sobre una pregunta que ronda constantemente la historiografía, respecto al alcance de los gobiernos municipales y la manera como se han administrado y administran las ciudades. La segunda, porque dialoga con otras posturas en las que se priorizan los agentes económicos o los liderazgos técnicos —no sólo y quizá no principalmente los políticos— en la proyección o construcción de obras e intervenciones urbanas.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Puede verse al respecto Nochebuena (2024).

Otro aspecto y aporte fundamental se deriva del estudio que en el libro se hace sobre el reparto agrario en perspectiva urbana. Dicho de otra forma, se vuelve la mirada al campo para rastrear los ranchos y los pueblos vecinos, para estudiar con seriedad los procesos de petición, dotación, restitución, ampliación y usufructo de las tierras ejidales constituidas sobre haciendas que alguna vez rodearon el centro urbano. La ruta no se aleja del objetivo, todo lo contrario, conduce nuevamente a la ciudad, a partir de una pregunta tan importante que ha estado poco presente en el radar de los historiadores: ¿sobre qué tierras y sobre qué realidades sociales enraizadas en el espacio crecieron las ciudades en el siglo xx?

A Danuvia le interesa hacer una suerte de arqueología urbana para encontrar en el reparto agrario y los procesos que desencadenó “la base para la urbanización que vendría después, la que sólo esperaba las condiciones que la detonaran” (pp. 487-488); buscar debajo de la superficie pueblos tanto o más antiguos que la ciudad que luego se convirtieron en sus barrios. Conviene recuperar algunos ejemplos que en el libro se siguen con detalle. En 1924 los habitantes del antiguo pueblo de Jalatlaco, inmediato a la traza urbana, recibieron una dotación de 47 hectáreas de temporal de segunda clase, las cuales se lotificaron a partir de 1963 con la figura de los

“centros de población ejidal” y, poco más tarde, se integraron como colonias urbanas. En 1935 se formó el ejido de Cinco Señores, con 120 hectáreas tomadas de la hacienda del mismo nombre, y que hoy son, en su totalidad, superficie urbana, incluyendo unas cuarenta hectáreas propiedad de la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca. En el pequeño ejido de Trinidad de las Huertas, que obtuvo en dos tandas solamente 28 hectáreas, los vecinos “tomaron como referencia” el entramado urbano, por su estrecha cercanía con la ciudad, para trazar sus calles; al paso del tiempo, este espacio se convertiría en una colonia urbana de clase media.

Los anteriores son casos que ilustran la manera en que el campo, sobre todo en su figura de ejido, pero con sus dimensiones urbanas, alcanzó y se fusionó con la ciudad. Calderón añade con mucho sentido que las que hoy son colonias resultaron de largos procesos, y tiende puentes para cuestionar supuestos de los estudios urbanos al subrayar que “no todas surgieron de manera espontánea, ni tampoco han sido producto de la irregularidad, es decir, de la transgresión de leyes”, pues “si algo tienen en común es la presencia del estado [...] el agente que se encargó de ordenar y regular el espacio, y el que en buena medida definió la movilidad de la población” (pp. 496-497).

La obra está construida a partir de un apabullante trabajo en los más diversos archivos. En esa base descansan sus argumentos y originalidad. También se apoyan en un volumen grande de bibliografía, principalmente sobre la ciudad de estudio, y en menor medida en referentes para otros espacios, con los cuales habría valido la pena establecer más y mejores diálogos, no en busca de detalles por comparar, sino de preguntas y problemas por trabajar.

La lectura del libro ofrece información detallada, seguimiento puntual de casos, una reconstrucción de historias, por ejemplo, las de las iniciativas para colocar monumentos; las peripecias seguidas por empresas y empresarios de servicios públicos, por el difícil y lento paso de diferentes sistemas y tecnologías, y por las complejidades políticas, administrativas, demográficas o agrarias que cruzan. Todo ello se acompaña de treinta mapas larga y cuidadosamente preparados, en los que se analiza y se puede leer el espacio del que participa la traza urbana: las haciendas, ejidos y pueblos circundantes, los recursos de explotación agropecuaria y minera, entre otros.

Inquietante es preguntarse qué es la ciudad, dice Danivia Calderón

Martínez. Aproximarse a una definición requiere estudiar múltiples realidades urbanas. Un caso como Oaxaca, con sus particularidades, con la pesada fuerza de los movimientos telúricos —que sólo entre los más destructivos se cuentan cinco en el siglo XIX—, con sus barrios y pueblos que se incorporaron por decreto al territorio urbano, y luego con sus ejidos urbanizados, da cuenta de esa permanente inquietud. Este libro hace aportes sustanciosos y estimula nuevos esfuerzos en la misma ruta.

## REFERENCIAS

- LIRA, C. (2008). *Arquitectura y sociedad. Oaxaca rumbo a la modernidad, 1790-1910*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- NOCHEBUENA, J. A. (2024). “Liderazgo técnico y modernización sanitaria: creación de la Dirección General de Obras Hidráulicas de la Ciudad de México en 1953”. *Oficio. Revista de Historia e Interdisciplina*, (19), 131-150.
- SÁNCHEZ, J. H. (2013). *Gobierno municipal, relaciones ciudad-campo y modernidad: Oaxaca, 1890-1912* [Tesis de Doctorado en Historia]. México: El Colegio de Michoacán.